

Y en tanto la música continuaba sonando, el áloe despidiendo su penetrante perfume, y nosotros recorriendo y husmeando, y la cabeza fantaseaba, fantaseaba... y fantaseaba cual nunca, cuando al dejar en pos de nosotros aquel ambiente lleno de luz y de perfumes, tomamos por una callejuela solitaria y tenebrosa á la luz de una linterna y en medio del silencio más profundo.

* * *

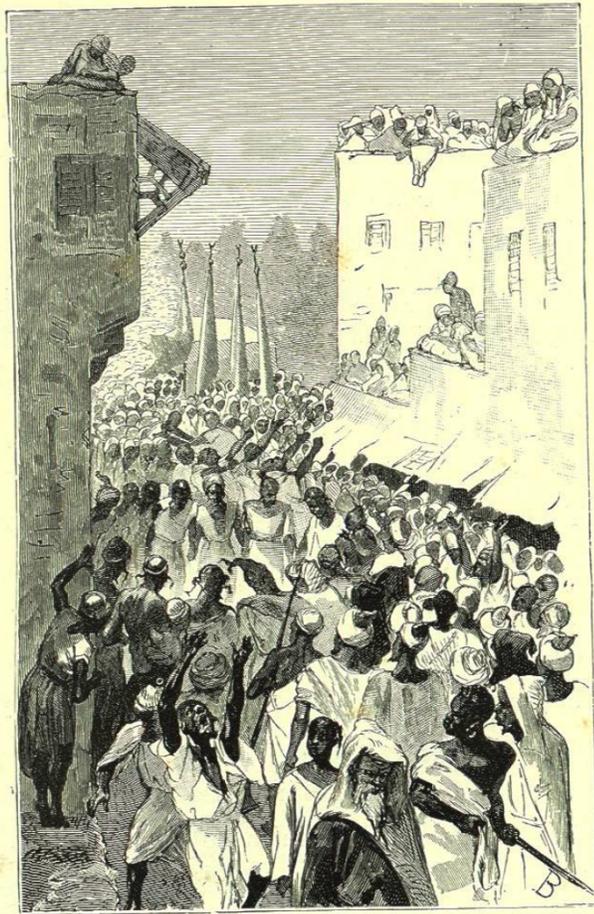
Difundióse una noche la esperada nueva de que al otro día harían su entrada en la ciudad los Aissaua.

Son los Aissaua una de las principales corporaciones religiosas de Marruecos, fundada, como las demás, en virtud de inspiración divina, por un santón llamado Sidi-Mohammed-ben-Aissa, nacido en Mequinez hace doscientos años, cuya vida es una larga y confusa leyenda de milagros y aventuras fabulosas, de diferentes maneras contada. Los Aissaua se proponen alcanzar del cielo una protección especial, orando incesantemente; ejerciendo ciertos actos y ritos que les son propios; manteniendo vivo en su pecho, más bien que el sentimiento de la fe, un estado de exaltación, una fiebre religiosa, un furor divino, que se traduce en manifestaciones de un carácter tan extravagante como feroz. Tienen una gran mezquita en Fez, que viene á ser la casa principal de la orden, y desde ella se diseminan todos los años en grandes grupos, por las diferentes provincias del imperio, para que se les incorporen aquellos de sus cofrades que habitan en las ciudades y en las aldeas, á fin de celebrar reunidos sus fiestas solemnes. Su rito, semejante al de los derviches aulladores y danzantes de Oriente, consiste en una especie de

danza desenfadada, acompañada de saltos, gritos y contorsiones, en la cual van agitándose y enfureciéndose paulatinamente hasta tanto que, perdida por completo la razón, rompen con los dientes pedazos de madera y de hierro; se aplican sobre el cuerpo carbones hechos ascua; se rajan las carnes á navajazos; tragan lodo y guijarrillos y descuartizan animales que devoran vivos y cubiertos de sangre, hasta que caen rendidos de fatiga y exhaustos de fuerzas y de juicio. Los Aissaua que yo ví en Tánger no se entregaron á tales excesos: hay más, presumo que pocas veces llegan á semejantes extremos, suponiendo que los haya aún capaces de realizarlos: mas con lo que presencié tuve bastante para quedar impresionado en tales términos, que no lo olvidaría por mucho que viviese.

El ministro de Bélgica nos invitó á presenciar el espectáculo desde la azotea de su casa, que domina la calle principal de Tánger, por la cual suelen pasar los Aissaua para dirigirse á su mezquita. Su entrada debía tener lugar á las diez de la mañana, penetrando en la población por la puerta del Zoco de Barra. Una hora antes la calle estaba llena de bote en bote y las casas coronadas de mujeres árabes y hebreas, vestidas con sus trajes de vivos colores, que daban á las blancas azoteas el aspecto de inmensas canastillas de flores. Á la hora referida todas las miradas se dirigieron hacia la puerta, situada al extremo de la calle, y pasados algunos minutos aparecieron los que precedían á la turba. La muchedumbre era tan densa, que los Aissaua no se distinguieron de los espectadores mientras no llegaron á pocos pasos de donde estábamos. Durante algún tiempo sólo pude distinguir una masa ondulante de cabezas encapuzadas, de entre las cuales surgían, aparecían y desaparecían algunas completamente descubiertas, que al parecer eran de gentes que anda-

ban peleándose. Por encima de las cabezas se veían varias banderas. De cuando en cuando oíase un grito simultáneo producido por muchas voces. La muchedumbre venía delante



Entrada de los Aissau

marchando lentamente. Poco á poco pudo distinguirse en todas aquellas cabezas cierto ordenado movimiento. Según me pareció, los primeros formaban un círculo: á éstos seguían otros marchando en doble fila: venían en pos algunos más, constituyendo un nuevo círculo: después los de los círculos

se alineaban en fila, en tanto que los de las filas se reunían en círculo, y así consecutivamente. He dicho según me pareció, porque era tanta la curiosidad que sentía de verlo y observarlo todo, que es muy posible que, dividida la atención en cada objeto particular, me pasara inadvertida la ley del movimiento general.

Transcurridos breves momentos, llegaron debajo de la azotea ocupada por nosotros los que iban á la cabeza. Mi primera impresión fué una mezcla de lástima y de horror. Ví desde luego dos filas de hombres mirándose los unos á los otros, vestidos con capas y larguísimas vestes blancas, que se mantenían unidos por las manos, por los brazos y por los hombros levantando los pies cadenciosamente, bamboleándose, sacudiendo la cabeza adelante y atrás y dejando oír un murmullo sordo y afanoso, que interrumpían de cuando en cuando desgarradores gemidos, ronquidos profundos, suspiros jadeantes é interjecciones terribles de rabia y estupor.

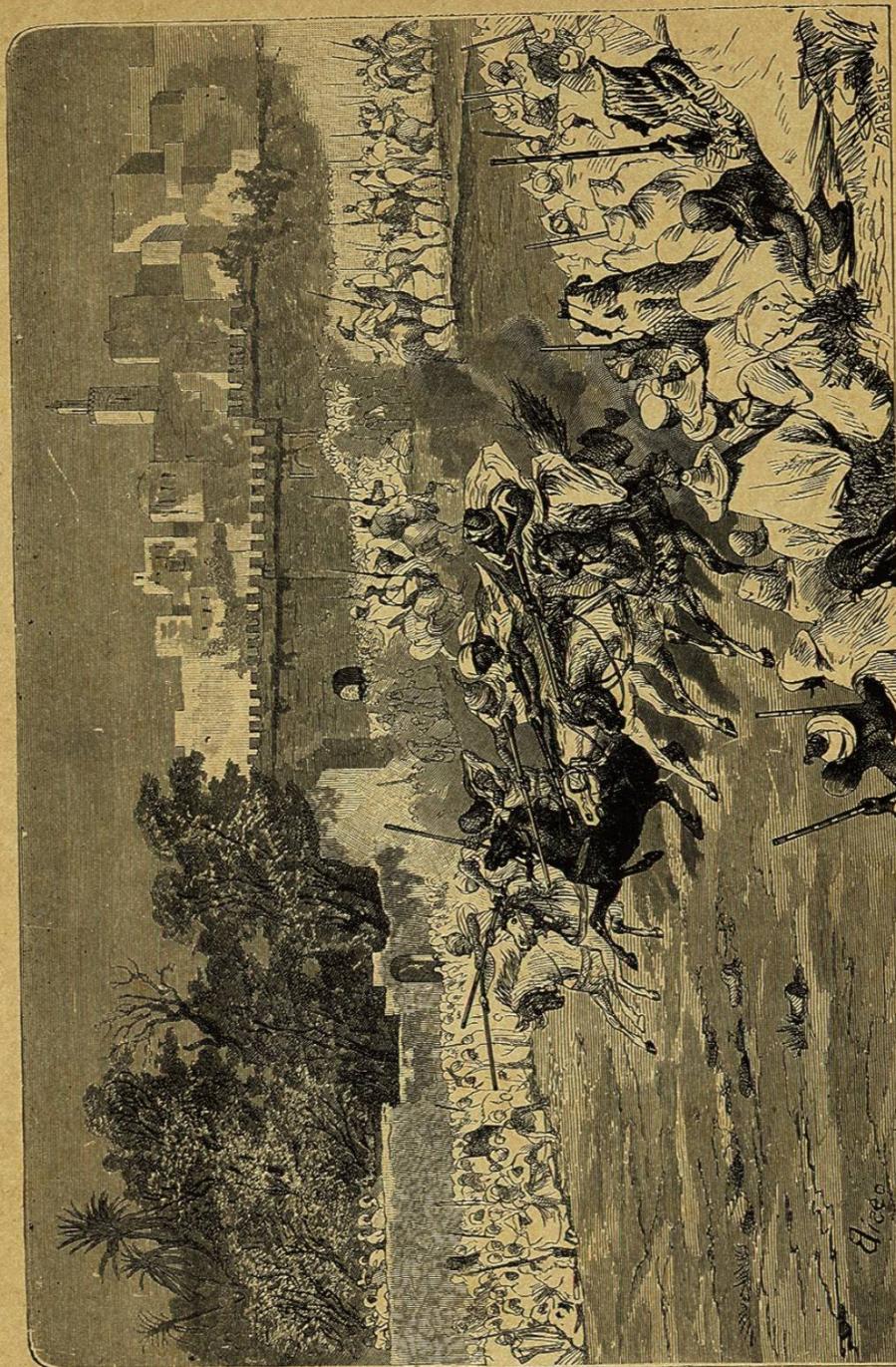
Únicamente los poseídos de Rubens, los muertos resucitados por Goya y el moribundo magnetizado de Pöe pueden dar una idea de aquellas figuras. Eran caras lívidas y convulsas, con los ojos saltándoseles de las órbitas y la boca cubierta de espuma; rostros de febricitantes y epilépticos; algunos iluminados con sonrisas indefinibles, otros que sólo dejaban ver el blanco de los ojos, otros contraídos como presa de un espasmo atroz, ó pálidos é inmóviles como cadáveres. De cuando en cuando haciéndose uno á otro un gesto extraño con el brazo caído, lanzaban á la vez un grito agudo y doloroso cual si hubiesen recibido una puñalada mortal: después daban algunos pasos adelante y comenzaban de nuevo la danza gimiendo y jadeando, y entonces se veía un desordenado y ondulante movimiento de capuchones, manchas inmensas,

trenzas, copetes, cabelleras enmarañadas ó dispuestas en largos tirabuzones que ofrecían todo el aspecto de enortijadas culebras. Algunos más espiritados iban de una á otra fila bamboleándose como beodos y aporreándose contra las paredes



Los Aissaua

y las puertas. Otros, como arrebatados en éxtasis, marchaban tiesos, erguidos, casi inmóviles, con la frente alta, los ojos medio cerrados y los brazos caídos. Habíalos verdaderamente postrados, que no teniendo aliento para moverse, ni tan sólo para gritar, marchaban sostenidos por algunos de sus compañeros, que los conducían como cuerpos muertos, por debajo



Festejos en conmemoración del nacimiento de Maloma

de los sobacos, con el rostro vuelto hacia la muchedumbre. El bailoteo se hacía cada vez más descompuesto, y la gritería más ensordecedora. Aquello eran sacudimientos de cabeza capaces de dislocar las vértebras cervicales, é hipidos bastantes para abrir la caja del pecho. De aquellos cuerpos cubiertos de sudor, exhalábase un hedor nauseabundo semejante al que se desprende de una jaula de fieras.

Cada vez que alguno de aquellos rostros descompuestos se dirigía hacia la azotea y fijaba en mí sus extraviados ojos, sin poderlo remediar volvía la vista y desviaba la cabeza. De un momento á otro cambiaba en mi interior el efecto producido por semejante espectáculo. Unas veces se me figuraba que era una gran mascarada y me sentía con ganas de reirme: otras veía en él la viva imagen de una inmensa orgía de locos, de enfermos presa del delirio, de marineros borrachos, de condenados á muerte que trataran de ahogar en excesos desenfrenados el terror de que se hallaban poseídos, y entonces sentía oprimírseme el corazón: otras, finalmente, parábame á considerar la belleza salvaje del cuadro, y experimentaba la voluptuosidad del artista. Pero poco á poco se impuso en mi mente el sentido íntimo de aquel rito; el sentimiento que se traducía por medio de aquellas extravagancias, y que todos hemos experimentado diferentes veces. La impotencia del alma humana agitándose en esfuerzos inútiles ante la idea de lo infinito despertóse en mí, y sin darme cuenta de ello, iba acompañando aquel torbellino con el lenguaje que lo explicaba.

—Sí, te siento, Poder misterioso y tremebundo: me revuelvo bajo la presión de tu mano invisible: el sentimiento que de Ti tengo me oprime: no tengo fuerzas para resistirlo: mi corazón se hace pedazos, mi razón se desvanece, mi frágil

envoltura de arcilla deleznable se resuelve en polvo invisible.

Y seguían discurriendo delante de mí, derechos, erguidos, pálidos, desmelenados, exhalando ayes lastimeros, con los cuales parecía que se les iba la vida. Un viejo derrengado, imagen perfecta del rey Lear, fuera de sí, salióse de la fila y comenzó á sacudir á derecha é izquierda la cabeza en ademán de estrellársela contra la pared: los compañeros le contuvieron. Un joven se cayó desvanecido cuan largo era. Otro, con el cabello suelto sobre la espalda, y la cara oculta entre las manos, pasó precipitadamente encorvado hasta el suelo, como el réprobo que sintiera sobre su conciencia la maldición de Dios. Pasaron beduinos, moros, berberiscos, negros, colosos, momias, sátiros, rostros de caníbales, de santos, de furias, de faunos, de diablos colorados. Serían de tres á cuatrocientos y desfilaron en menos de media hora. Cerraban la marcha dos mujeres (puesto que las mujeres pueden también pertenecer á la orden), dos efigies de enterradas vivas, salidas de la tumba para meterse en el ataúd; dos esqueletos animados, que arrastraban sus luengas mortajas, con el cabello enmarañado y caído sobre el rostro, los ojos extraviados, la boca cubierta de espuma, agotadas las fuerzas, si bien animadas de un movimiento del cual al parecer no tenían conciencia, que se deshacían en contorsiones, aullaban y se desmayaban, y en medio de ellas un viejo de figura gigantesca, un nigromante centenario, vestido con una túnica larguísima, que estirando sus brazos desmesurados y cadavéricos, colocaba la mano sobre la cabeza, ora de la una, ora de la otra, con aire de protección, y las ayudaba á levantarse del suelo. Detrás de estos tres espectros precipitose una turba de árabes armados, mujeres, mendigos, chicuelos; y toda

aquella barbarie, todo aquel furor, todo aquel inmenso cúmulo de humana miseria, invadió la plaza y desapareció.

* * *

Otro espectáculo de género muy distinto, pero mucho más agradable, tuve la fortuna de presenciar en Tánger, espectáculo para mí tanto más grato, cuanto que, si así cabe decirlo, pude disfrutarlo cuando menos lo esperaba. Fué éste el de las fiestas celebradas en conmemoración del nacimiento de Mahoma.

Regresaba de dar un paseo á lo largo de la playa, cuando llegaron á mis oídos algunas detonaciones de arma de fuego, disparadas al parecer hacia el lado del Zoco de Barra. Dirigíme hacia dicho punto, y debo confesar que en el primer momento no reconocí aquellos lugares. El Zoco de Barra era otro.

Desde las murallas de la ciudad hasta la cumbre de las colinas, estaba completamente cubierto de una muchedumbre inmensa, vestida de blanco, por demás animada é inquieta. Quizás no pasaban los concurrentes de tres mil personas, y sin embargo habríase dicho que eran innumerables. Era esto resultado de una ilusión óptica verdaderamente singular. Sobre todas las eminencias y ribazos veíanse grupos de árabes sentados según el estilo oriental, que del mismo modo que si se hubiesen hallado en un palco, permanecían inmóviles mirando hacia la parte baja del Zoco. Aquí se veía la muchedumbre abriéndose en dos alas para dejar paso á un escuadrón de jinetes que, lanzándose á la carrera, marchaban en correcta formación disparando sus largas espingardas: allí podían distinguirse extensos círculos formados por árabes de ambos